

BT 375
R3
V. 2
1885

Es propiedad.



Capilla Alfonso
Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID, 1855.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, núm. 20.

HOMILÍAS

SOBRE LAS

PARÁBOLAS DE N. S. JESUCRISTO.

DÉCIMOCTAVA HOMILÍA.

EL LOBO RAPAZ BAJO LA PIEL DEL CORDERO,
Ó LOS PROFESORES DE FALSAS DOCTRINAS.

Principes ejus in medio illius quasi lupi rapientes prædam ad effundendum sanguinem et ad perdendas animas (EZEQ., XXII.)

Sus principes son, en medio de ellos, como lobos que arrebatan la presa para derramar sangre y para destruir las almas.

El hombre, creación de Dios, conserva, por Dios también, y á pesar de sus propensiones al mal, una propensión natural, necesaria, indestructible, á querer á Dios, á unirse á Dios, á poseer á Dios para ser dichoso en Dios y con Dios.

Así como en Dios, en Él mismo y en sus relaciones con la criatura, está la verdad infinita y el infinito bien, así el hombre tiene una inclinación natural, necesaria, indestructible hácia el bien y la verdad.

Muchas veces la criatura, tan noble y tan débil á la vez, se extravía y se engaña al buscar el objeto, el fin propuesto á su inteligencia y á su corazón. En lugar de la verdad que le ilumina, admite el error que le ciega; en lugar del bien que le vivifica y le hace dichosa, se inclina al mal que le corrompe, le degrada, le affige, le desespera, le pierde; pero aunque se engaña en la elección de los medios, no pierde jamás de vista la nobleza del

003355

fin para que ha sido creada; si se adhiere al error, lo hace porque lo reputa como verdad: *Sub ratione veri*; y si abraza el mal, es porque lo reputa como bien: *Sub ratione boni*.

Por eso en todas las épocas, y en todas partes, los profesores de doctrinas perversas, para arrastrar á los hombres al error y al vicio, presentan el uno y el otro bajo falsas apariencias, con engañosos colores de verdad y de bien, de razon y de virtud. Encubiertos con estas falsas pieles de mansas ovejas, son, pues, los carniceros lobos que el profeta Ezequiel ha visto y descrito, y que no cesan de acechar á las almas débiles, sencillas y sin artificio, para engañarlas, apoderarse de ellas y ofrecerlas como pasto á su infernal voracidad: *Ad effundendum sanguinem et ad perdendas animas*.

Contra estos hombres de pecado, que no contentos con perderse ellos, se afanan con celo infernal en arrastrar á su ruina á los demas, contra éstos, decimos, quiso Jesucristo prevenirnos, por medio de la bella parábola de los lobos bajo la piel del cordero, y nos da señales para reconocerlos (1).

PRIMER PUNTO. Segun se nos dice en el capítulo sétimo de San Mateo, el Salvador del mundo, despues de haber discurredo sobre las dificultades y los obstáculos relativos á nuestra salud eterna, y que encontramos nosotros mismos por consecuencia de nuestra propia corrupcion, pasa en seguida á los obstáculos que podemos encontrar en razon á la malicia y á la hipocresía de los hombres. Guardaos, sigue diciendo, y desconfiad de los falsos profetas que vienen á vosotros con todas las apariencias y semejanzas de inocentes y dulces ovejas, miéntras que en el interior de sus corazones no son más que lobos sanguinarios y llenos de rabia (2).

Estas palabras del divino Maestro son muy sencillas; ¡pero qué de profundas reflexiones contienen!

Primeramente, al decir: «Guardaos de los falsos profetas», el Señor ha hecho conocer claramente que en su Iglesia habrá siempre verdaderos profetas. No, dice un intérprete; refirióse á los profetas en cuanto tocaba al Cristo, puesto que todas las profecías relativas á Jesucristo se cumplieron para siempre en Él y

(1) Véase en la página 21 otro exordio para la misma homilía.

(2) Attendite à falsis prophetis qui veniunt ad vos in indumentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. (*Matth.*, vii.)

con Él, declarándolo así cuando dijo que la ley y los profetas habian tenido fin en Juan Bautista, el último de los profetas del Cristo, y el cual tuvo la mision de darlo á conocer en lo presente, miéntras que los demas profetas no lo habian visto ni profetizado sino en lo porvenir (1). Nada es más cierto que siempre habrá profetas, porque, segun las Escrituras, profeta no significa solamente aquel que ve en lo porvenir y descubre las cosas ocultas del presente, sino tambien el que explica é interpreta las cosas pasadas. Así, pues, la dignidad profética es la misma que la dignidad doctoral, y Jesucristo quiso hacer comprender que jamas faltarian en su Iglesia hombres que, llenos de espíritu y de la ciencia de Dios, supiesen interpretar en su verdadero sentido las profecías de Nuestro Señor contenidas en las Santas Escrituras. Estos hombres, segun el pensamiento de Jesucristo, debian ser los pastores del rebaño cristiano, los doctores, los predicadores de la verdadera Iglesia, y de aquí la obligacion en que están los verdaderos fieles de escucharlos con docilidad, de obedecerles prontamente, de guardarles deferencias y respeto (2).

Así que, previendo que tendria falsos doctores, maestros de doctrinas erróneas que, poseidos del espíritu de Satanás, sabrian oscurecer con maliciosas interpretaciones las más importantes verdades tocante á Jesucristo contenidas en los escritos de los profetas y los Apóstoles, nos advirtió el Señor que nos guardásemos de los falsos profetas (3). De manera, dice San Jerónimo, que en este pasaje del Evangelio el Señor ha querido de una manera especial hablar de los herejes (4).

Hé aquí cómo les es perfectamente aplicable lo que el Señor continúa diciendo sobre ellos: «Se presentan á vosotros con la piel de las ovejas, cuando son lobos carniceros» (5).

(1) Lex et prophetæ usque ad Joannem. (*Luc.*, xvi.)

(2) Fuerunt et sunt non qui prophetant de Christo, sed qui interpretantur quæ de Christo fuerunt prophetata, id est doctores Ecclesiarum. Quare prophetæ de quibus hic loquitur Christus doctores sunt. (*Auct. op. imp. in Matth.*)

(3) Sciens Dominus futuros esse falsos doctores diversarum hæresum qui scripturas propheticas et apostolicas falsa interpretatione confuderent, ideo admonet; attendite à falsis prophetis. (*Ibid.*)

(4) Specialiter hoc de hæreticis intelligendum est. (*S. Hieron.*)

(5) Veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. (*Evang.*)

Las ovejas en el Evangelio significan los verdaderos cristianos. La piel de las ovejas son las señales distintivas del verdadero cristiano (1). Luego, cubrirse con los despojos de las ovejas es afectar el celo por la verdad, la práctica por las virtudes cristianas. Tales han sido siempre los herejes, decía gimiendo Orígenes; preconizan la doctrina de los Apóstoles, y la contradicen y la atacan con las nuevas y falsas doctrinas que enseñan (2). Enaltecen el valor de los antiguos mártires, y hacen mártires á otros, persiguiendo á los pobres católicos donde quiera que los encuentran (3). Encubiertos con la máscara de una religion mentida, pretenden honrar á Dios con palabras, y blasfeman con su vida y sus costumbres (4). Mirad lo mismo á los modernos herejes, verdaderos lobos bajo la piel de la oveja: segun ellos, son hombres evangélicos, reformadores, ortodoxos que no pretenden seguir en todo y por todo más que el Evangelio, vengar la verdad, volver el Cristianismo á su institucion primitiva, reformar las costumbres de los cristianos, destruir las supersticiones, suprimir los abusos, hacer la guerra á los errores, corregir las injusticias. Se les tomara, pues, por almas inocentes y puras, ardiendo en celo por la gloria de Dios, por la propagacion del Evangelio, por la prosperidad de la Iglesia, por la utilidad de los fieles. Se les tomara por mansas ovejas, llenas de buena voluntad, deseosas de alimentar á los pueblos con la doctrina pura, y fortificarles con los ejemplos de las más sólidas virtudes: *Veniunt ad vos in vestimentis ovium*. Pero vistos de cerca, considerados atentamente en sus intenciones, ¿qué os presentarán? Veréis á esos orgullosos reformadores del Cristianismo, afanados en destruirle; á esos guardadores de la moral pura, corromperla sin miramiento; á esos predicadores de la palabra de Dios, alterarla, viciarla, desnaturalizarla completamente para sustituirla con absurdas blasfemias de cualquier corrompido heresiarca. Esos panegiristas de la verdad abren la puerta á todos los errores; esos predicadores de la santidad dan libre curso á todos los vicios; en realidad no son más que lobos rapaces, *intrinsicus autem sunt lupi rapaces*.

- (1) Oves Christiani dicuntur, vestimentum ovile species christianitatis.
- (2) Apostolos predicant et contraria annuntiant. (*Orig.*)
- (3) Magnificat martyres et martyrium persecutores probantur. (*Ibid.*)
- (4) Deum si non verbis, moribus blasphemant figuram religiositatis nuntiantes. (*Ibid.*)

ces, lobos que se esparcen entre los fieles para devorar las almas, asesinos de las conciencias, mensajeros del infierno: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

El cielo me guarde de confundir en esta comun incriminacion á todos los cristianos á quienes la herejía ha separado de nosotros. Hay entre ellos almas puras y rectas, dignas de figurar entre los hijos de la verdadera Iglesia. Pero estas excepciones se encuentran principalmente entre los seglares y en las clases del pueblo. La historia de la vida de los maestros de la herejía, de los que la inventan y fabrican á su manera, demuestra que no hay uno siquiera merecedor del título de honrado. El fugimiento y la mala fe constituyen el fondo de su carácter; la mentira y la impostura son sus armas ordinarias; su celo no es más que un sentimiento de ódio ciego y furioso contra la verdad católica y contra la Iglesia, perseguida y oprimida por ellos sin descanso. Por eso dice Orígenes que el Señor, con mucha razon, los llama lobos rapaces (1). En realidad, ¿qué nos dice la historia de todas las herejías? ¿Qué vemos constantemente suceder en nuestros dias, en este siglo que grita tan alto tolerancia, libertad de opiniones, humanidad, civilizacion? ¿Qué hacen los maestros de la herejía donde quiera que son más fuertes y pueden disponer de todo el apoyo de las leyes, de todo el favor de los juicios populares, de todos los artificios de la política, de todas las fuerzas del poder? ¡Ay! Ocultos bajo la piel de cordero, manifiestan en toda su ferocidad sus instintos de lobo. No entraré en detalles, inútiles por una parte y horribles por otra. ¿Quién no sabe cómo son tratados los pobres católicos nuestros hermanos, á quienes una política imprevisora, injusta y cruel ha creído deber sujetar á gobiernos protestantes y cismáticos? ¿Quién no sabe que bajo esos gobiernos, oprobio del mundo civilizado, calamidad y deshonra del género humano, la tolerancia tan decantada se convierte en destierros, en prisiones, en expoliaciones, en tormentos, en órdenes de dar una muerte tanto más horrible cuanto es más lenta, lo mismo á los hombres que á las mujeres y á los niños, por el crimen de ser fieles á la unidad de la Iglesia? Empero se esfuerzan en negar descaradamente los crueles suplicios que hacen su-

- (1) Lupi rapaces nominantur hæretici quia Ecclesiam persequuntur et opprimunt. (*Orig.*)

frir á la fe y á la virtud; ocultan, ahogan las quejas para que los gritos de tanta víctima no vengan á arrancar un grito de horror á toda la humanidad. Toda su política consiste en unir la crueldad de Diocleciano con la vil astucia de Julian el Apóstata, y en hacer que los cristianos más fieles á la Iglesia aparezcan como personas rebeldes al Estado; así añaden á la crueldad con que les quitan la vida el crimen con que atentan á su reputación; no contentos con agobiarlos por el dolor y derramar su sangre, intentan colmarlos de oprobio; y todo martirizándoles, enviándoles el consuelo y la gloria del martirio. ¡Oh lobos sin piedad, que no pudiendo hacer presa en el alma de los católicos os encarnizáis en sus cuerpos; no pudiendo arrastrarlos al error, los ahogáis en la sangre y los quitáis la vida del cuerpo, furiosos porque no podéis quitarles la fe! *Lupi rapientes ad prædam!*

Pero este pasaje del Evangelio no debe, según San Jerónimo, entenderse solamente con los herejes; debe aplicarse también á todos los católicos que, con el exterior y el discurso, dicen y profesan una cosa y hacen comprender todo lo contrario con su conducta (1). ¡Ay! En nuestros días particularmente, en esta misma ciudad, fundamento y centro del Cristianismo, ¡cuántos falsos católicos se encuentran más escandalosos y más funestos que los mismos herejes, y que, bajo la piel de corderos, ocultan la rabia y la ferocidad del lobo! (2).

Tales son esos extranjeros, esos viajeros que visitan nuestra Italia, que se establecen de mejor gana en Roma, que se introducen en las familias, simpatizan con el pueblo, hacen gala de moralidad y desinterés, practican la justicia, la caridad, prodigan los socorros y las limosnas, procuran trabajo á los artesanos, consuelo á los pobres, alimento á las viudas, protección al oprimido; se les tomaría verdaderamente por ovejas fieles á la doctrina, á la verdad del Evangelio: *Veniunt ad vos in indumentis ovium*. Pero ¡ay! las Biblias sofisticadas que ofrecen, los pequeños tratados que distribuyen, y en los cuales el homenaje de la inteligencia por la sumisión de la fe está representado como una tiranía, y por otra parte el principio de independencia de la razón

(1) De omnibus intelligi potest qui aliud habitu et sermone promittunt, aliud opere demonstrant. (*S. Hieron.*)

(2) In multis vestitu ovium rabies lupina contingitur. (*Ibid.*)

frente á frente de toda autoridad, está representado como un derecho divino; sus discursos, en los cuales todo sistema divino de la verdadera Iglesia está representado como odioso y ridículo, fácil es comprender que en todo eso el lobo se oculta bajo la piel de la oveja: *Intrinsecus autem sunt lupi rapaces*. Si, se comprende que en el interés que se toman por el alivio del cuerpo está la mira de hacer presa de las almas; que en el celo que muestran por emancipar la razón, se proponen arrebatarse la fe; que con su afectada generosidad, buscan la apostasía de la gente sencilla, haciéndoles separarse del rebaño de Jesucristo, de la verdadera Iglesia, y llevándolos á los campos desiertos del error, donde, sin defensa ni medios de evadirse, esperan inmolarlos al demonio, padre de todos los cismas y de todos los errores: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas!*

Así son nuestros pretendidos incrédulos, que han abandonado la religión sin conocerla, lanzándose en el camino de la impiedad sin saber á dónde ésta los lleva, como ignorantes de espíritu y corrompidos de corazón; pero que por miedo á la inquisición, por no perder un empleo, por no caer en descrédito con los superiores y no hacerse odiosos al pueblo, ocultan cuidadosamente su incredulidad. Sin embargo, aseguran que aman la religión, la piedad, el Cristianismo, la fe; hé ahí el falso ropaje, las apariencias de oveja: *Veniunt ad vos in vestimentis ovium*. Añaden que aman la religión, pero exenta de superstición; la piedad, pero sin hipocresía; el Cristianismo, pero tal como Jesucristo lo instituyó; la fe, pero no los absurdos; la verdad, pero no la impostura. Se niegan á escuchar á los que no se dejan deslumbrar por brillantes falsedades, que saben resistir á los juicios populares, que saben pensar y ver en el fondo de las cosas. Por otra parte, con ayuda de sus declaraciones, hacen que la piedad aparezca ridícula y risible el pudor, y desacreditan indiferentemente á todos los ministros de la religión. Cuando la ocasión llega, saben representar la confesión como un yugo insostenible; la oración y los sacramentos como prácticas supersticiosas; la misa y las indulgencias como un negocio que hace el sacerdote; el celibato eclesiástico como una ley contra la Naturaleza; la vida del claustro como una horrible tiranía; las penitencias corporales como crueldades insensatas; el infierno como un medio imaginario de espanto: aseguran con grandes aires de doctores que

cualquiera religion es buena para salvarse; que es indiferente tener esta ó la otra creencia, porque Dios es demasiado grande para ofenderse de las debilidades del hombre, y demasiado bueno para condenarle á un suplicio eterno. Por esto puede conocerse lo que son en su interior: almas sin ningun sentimiento de Dios, sin ningun principio, sin sentido alguno religioso, que no tienden más que á engañar á los sencillos, á sorprender á los ignorantes y á demoler uno á uno en el espíritu de la juventud todos los dogmas del Cristianismo, para extinguir fácilmente todo principio de piedad, todo sentimiento de pudor. Hélos ahí, lobos que se apoderan de la inocencia, de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, de innumerables almas para inmolarlas al monstruo de las pasiones impuras y de la impiedad: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Tales son, en fin, esos hombres sin conciencia y sin honor, que se encuentran en todas partes, se introducen en las familias, y hasta se hacen buscar por la amabilidad de sus maneras, por la expresion de su sensibilidad, por su gratitud afectuosa, por sus amenos discursos, por sus buenas palabras, por sus maneras distinguidas y su bien cultivada inteligencia. Saben prestar servicios, conceder su proteccion, procurar empleos y negocios lucrativos, solicitar recursos y arreglar los medios de obtener pensiones; se ofrecen á acompañar á la madre á la iglesia ó á los espectáculos públicos, á dar repasos al hijo, á enseñar á la hija las artes de adorno, la lengua francesa, la historia, y todo gratuitamente, por un sentimiento, segun dicen, de pura amistad hácia el jefe de la familia, que es tan bueno; de estimacion á la señora, que es tan amable; de afectuoso interes por una honrada familia tan numerosa y tan maltratada por la fortuna; en una palabra, por pura simpatía, compasion y caridad. Por otra parte, las repetidas visitas, atento celo, desmedidos elogios, profusion de regalos, demostraciones de adhesion, sin olvidarse mostrar sentimientos religiosos, de honradez, de *galantonismo*, y pronunciar discursos piadosos, apresurándose á asociarse á la familia para hacer la novena y rezar el rosario: hé ahí la falsa vestidura, la apariencia de oveja: *In vestimentis ovium.*

Pero ¡ay! ¡cuán diferentes son los deseos que agitan el espíritu, los sentimientos que abriga el corazón! Con semejantes artificios van á cautivar la confianza de un esposo demasiado cándi-

do, de una madre demasiado crédula, de un maestro que confia demasiado; adormecen la vigilancia del pastor para poder fácilmente hacer sangrienta carnicería en el rebaño. Intentan triunfar del pudor de la mujer honrada, cambiar las costumbres religiosas de la familia, inspirar una pasión violenta á las jóvenes, y recompensan la hospitalidad confiada de una honesta familia introduciendo la discordia, el crimen y la deshonra; es decir, que son lobos rapaces sedientos de sangre y de carnicería: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Al continuar el Señor hablando de todos esos profesores de error y de corrupcion, añade: No es difícil reconocerlos; ved lo que hacen, y comprenderéis lo que son. Lo mismo que por el fruto se conoce el árbol, así por el escándalo de su conducta podréis conocer la perversidad de su corazón (1). Y tened por cierto que así como no se cogen de las zarzas los racimos, así como el buen árbol da buen fruto, el mal árbol da fruto malo (2). El buen árbol no podría dar mal fruto, y el mal árbol no podría dar buen fruto (3).

Luego este oráculo divino, dice San Crisóstomo, que parecia mirar las personas, miraba las doctrinas, porque las doctrinas son las que hacen al hombre. Al decir el Señor: «El buen árbol da buenos frutos», quiso decir que la doctrina verdadera y divina produce santas y virtuosas acciones. Al decir que el mal árbol da malos frutos, quiso decir que toda doctrina falsa, errónea, puramente humana, produce acciones pecaminosas y malas. Al decir que es imposible que un buen árbol produjese malos frutos, quiso decir que una doctrina que viene verdaderamente de Dios en su principio, no podría en su fin dejar de conducirnos á la santidad y á Dios. Al decir que es imposible que un mal árbol diese buen fruto, quiso decir que una doctrina errónea, diabólica, nacida del desorden y las pasiones, no podía dejar de conducir á las pasiones y á los desórdenes; y que como la santidad y la virtud son el fruto propio de la verdad, así brota del error, como de una planta venenosa, todo vicio y toda pasión. Así, pues, el Señor

(1) A fructibus eorum cognoscetis eos. (*Matth.*, VII.)

(2) Omnis arbor bona bonos fructus facit, mala autem arbor malos fructus facit. (*Ibid.*)

(3) Non potest arbor bona malos fructus facere, neque arbor mala bonos fructus facere. (*Ibid.*)